

### El primer beso

*Tlálíc Jared Castañeda Barraza*

Yo a casa de María con una constancia que a mamá le incomoda, pasamos las tardes juntas, regreso siempre a mi morada a las 8:00 p. m., cuando me grita madre, sin tomarse la molestia de ir por mí a la puerta vecina. Siempre pregunta con singular interés a qué jugamos mi íntima y yo, qué hacemos y por qué lo hacemos. No entiendo la preocupación de mi progenitora, nunca la he entendido. María y su familia es buena gente, los vecinos lo saben, incluso ellos lo saben y de vez en cuando se pavonean con la idea de ser superiores en moralidad, más educados, más cristianos que los otros, más dignos del cielo y de las cosas buenas que propicia la omnipresencia divina. Yo siempre le cuento qué hacemos, le digo: «Mamá, hoy jugamos a bailar, hicimos una coreografía. Hoy improvisamos al son del piano. Hoy fuimos mamás, solteras, maestras, casadas, escritoras. Mamá, hoy fuimos». Siempre le tranquilizaba saber que nos comportábamos como niñas comunes, que jugábamos a esas cosas que de mujeres maduras nos servirían para defendernos, más allá de la cocinita y la mamá, esos inocentes juegos de poder femenino que nos daban un lugar en la sociedad como damas triunfantes. Le alegraba que tuviera una mejor amiga y no fuera de aquellos niños que no coexisten, no sonrían y no son felices.

En esa simple naturaleza, madre conservaba su sabia razón, yo era feliz. María tenía unos cuantos largos años más que yo, estaba más crecida, pero nuestra conexión no parecía dispareja o alterada, nunca se supo si yo era muy inteligente para mi edad o ella muy niña para la suya o si simplemente era una mitad de cada una. Nos podíamos mirar a los ojos, estar en silencio, hacer un griterío infantil mercedamente reprimido, podíamos incluso no vernos. También peleábamos y a veces me contaminaba de ideas puritanas y conservadoras: «El rock es de demonios». Yo regresaba a casa pensativa, daba vueltas y vueltas en el patio hasta que mis padres salían a ver con preocupación qué agobiaba a una mente tan diminuta e inconsciente; yo les contaba mis inquietudes, le decía a mi padre: «No puedes escuchar rock, vas a endemoniar nuestra casa», me explicaban con una paciencia irreconocible que a Dios no le importan esas cosas siempre y cuando se haga el bien. Yo me quedaba satisfecha algunas veces, otras temía de apariciones y de posesiones de objetos. Tenía pesadillas, pensaba que el triciclo de mi hermano era de alma maligna, que tomaría poder y llenaría de sangre familiar mi casa. Dudaba de mi pensamiento también.

Voy a estudiar piano y música con el padre de María, un hombre afectuoso, extrañamente diminuto, de cabellos canos y desiguales, un cuello casi inexistente y una joroba que delata su adelantada edad, aún así sus movimientos nunca son torpes ni equivocados. La hermana de mi amiga nos acompaña en cada sesión y aporta mucho a mi aprendizaje, sé tocar dos o tres teclas ya aprendidas, algunas piezas como el *Himno a la alegría*, esas simplezas que a los niños les conviene aprender. A veces tenía ese extraño sentimiento de que no me bastaba nada para la existencia, y que ese teclado, esas voces, esa amistad y ese cariño no cubrían mis dudas; finalmente era poseída por los demonios de Sócrates, y yo tan diminuta, no lo comprendía. Tal vez dejé de ser una niña feliz y nadie se percató de ello, ni siquiera mi íntima mejor amiga. Para entonces, nuestros pensamientos ya estaban alterados.

Cuando llegaba a casa de mis encuentros familiares y amistosos, entraba al baño, sin intenciones perversas de dudar, me lavaba las manos, me veía al espejo y ese sentimiento espantoso me rondaba por la cabeza, me veía fuera de mí, decía: «Verdaderamente existes, estás aquí», y una náusea se escabullía por mi garganta, desde la boca del estómago, hasta la parálisis de los labios, las manos, hasta las mejillas y el cerebro. Eran minutos de trance hasta que mamá se preocupaba por mi ausencia y hacía un llamado poco amistoso para que saliera de ahí, sin saber que la prisión no era ese cuarto húmedo y mohoso, ni el espejo, sino yo misma y que sus gritos en afán de ayudar sin la consciencia de hacerlo no proporcionaban ninguna seguridad, ni amparo. Nunca me disgustó esa sensación cuando niña, fue hasta mi juventud que los efectos colaterales tocaron la puerta de mis inquietudes angustiosas.

María y yo nos veíamos con la misma constancia que hasta ese tiempo habíamos mantenido, éramos cercanas, sin embargo, fue creciendo durante ese periodo tanto como, pero en una dirección tan contrariada que a veces se dificultaba nuestro entendimiento, a pesar de ese bochornoso percalce, reíamos

de la misma manera pueril. Los juegos eran cada vez más escasos y los suplantábamos por largas conversaciones de lo que pasaba en su nueva vida secundaria. Nunca me apeteció estar en su lugar salvo por las libertades que se le iban abriendo y el poco interés y energía que tenían sus viejos padres para esa etapa tan descontrolada. Sin darme cuenta, lamentaba la juventud de mis mayores y su vigor para cuidar del error de sus hijos y aún más su dinamismo para aprehendernos. Además de eso sus nuevas actividades, amistades y convicciones me eran indiferentes. Llegué a pensar que solo quería ser adulto para poder formar mis propias ideas sin reclamos ni mandamientos y eso estaba mal, como un desbalance de locura infantil o un deseo impertinente que nadie entendería y me reprocharían hasta mi independencia.

Me llenaba de culpa la evidente discrepancia entre los compañeros de clase, entre mis iguales y hasta con los mayores. Tanto era el horror por mi anormalidad que me obligué a sentir empatía por un chiquillo que en realidad era para mí insignificante, pero que parecía más listo que los otros. Lo perseguía, quería ser su amiga, sentir el comprendimiento y el afecto de alguien con una peculiaridad semejante a esa que llevaba yo dentro; eran intentos ahogados ya que, en realidad, se parecía mucho a los otros y mi persona solo era un objeto de burlas para ellos. Dadas las circunstancias, de una manera caótica, a una edad tan temprana los giros en el patio de casa se hicieron más constantes y la infelicidad más notoria, mi independencia crecida y la molestia más persistente; comprendí que eso era crecer y que estaba adelantada a los otros, pero no había placer en ello, solo arrepentimiento por el espejo, el baño, las dudas y la certeza.

Mantenia aún las clases de piano con el padre de María, que era en general un hombre muy amable y simpático, correcto y cariñoso. Siempre sentí un tipo de protección cuando estaba acompañada de él, pero también una cierta costumbre de repelencia que yo no alcanzaba a concebir como correcta. Él siempre abría la puerta, me daba un beso de saludo en la me-

jilla y me dejaba pasar, usualmente todos estaba en el comedor grande de la sala y María ya se encontraba esperando ahí mientras hablaba de vaguedades falsas con su madre, porque no tenía la suficiente confianza para decir lo que pensaba y por lo que pasaba.

Voy a casa de María para buscarla, ya no tengo mucho que contar, pero la mayor parte del tiempo tengo muchas cosas para escucharla decir, pocas veces la juzgo, podría decir que nunca lo he hecho y que le tengo un afecto especial porque no me ha desplantado por ser un fenómeno extraño que pasa una vez en la tierra cada crisis humanitaria. Voy de camino a su casa, son algunos pasos, quizá cinco para llegar a su portón, que yo, como cercana de la familia, tengo permiso absoluto de abrir y pasarme a la puerta principal para tocar, cuando no está el hilito truculento, que abre la puerta con la magia del sentirse a salvo.

El hilito amigo no está y desde ese momento parte la desgracia. Toco la puerta, dos veces porque como dije antes, somos cercanos y yo ingenua. No abre nadie, pero escucho movimiento adentro. Toco un par de veces más. A la puerta atiende el padre de María, me dirige una de sus miradas cariñosas que a mí ya me parecen incómodas y le saludo con la incredulidad de la certeza. Antes de pasar me da un beso, pero esta vez me abraza y me lame la oreja, no me suelta y a mí me parece que todas mis sospechas eran mera intuición sobre la maldad guardada en cada persona del mundo. Trato de empujarlo, pero soy más pequeña que él, sin embargo sé que cuando la fuerza no funciona, ser escurridiza es más eficaz que luchar inútilmente. Me resbalo de sus brazos. Él me observa con el gesto más desdeñable que yo haya visto jamás. No digo una sola palabra. Él, en cambio, sí. Me dice con la tranquilidad de saber que yo guardaré silencio: «María está arriba. Pasa, es tu casa». No me queda más que mirarle con miedo, subo y no le cuento a mi amiga lo que pasó minutos antes, porque escandalizar ese suceso sería una prueba más de mi dejo de locura aniñada.